

páginas del SANTO TRIBUNAL, y lo que es más, por sostener los dogmas de una religión, que toda llena de dulzura quiere ser propagada y defendida únicamente por el convencimiento? Escritores de estos pueblos son los que denigran á los primeros moradores de nuestro continente.

Nada tiene México que envidiar por cierto á la misma Roma, llamada señora del mundo, porque si dejó de conquistar algunos países de su continente, se debió tan sólo al deseo de conservar enemigos á quienes hacer la guerra, para ofrecer sacrificios en la inauguración de sus reyes, y para que éstos acreditasen, ejercitándose, su pericia en el arte militar y que sabrían defender sus pueblos. México se elevó bien pronto á un grado muy considerable de civilización, sin haberse puesto en contacto con países en que habían brillado grandes filósofos, oradores, poetas, como Roma lo hizo con las repúblicas griegas. México presenta aún hoy monumentos que acreditan su grandeza y los adelantos que había hecho en las ciencias y en las artes, admirables sin duda, sin deber nada como Roma á Atenas. La legislación de México fué buena, sin que como Roma la hubiera usurpado á Licurgo y Solon. Las instituciones del imperio de Tenochtitlán eran sabias y bien calculadas, como no lo eran las del de Rómulo, que á cada paso se variaban. En cerca de dos siglos de existencia tuvo Tenochtitlán once soberanos, todos elegidos por una elección regular y bien combinada, al paso que Roma en casi dos siglos y medio ó poco más tuvo apenas un monarca y también seis tiranos, cuyo nombramiento tumultuoso era siempre ganado por el hombre más ávido de poder. México tenía también sus establecimientos de instrucción pública para jóvenes de ambos sexos; tenía como Roma sus vestales, y como el cristianismo sus vírgenes consagradas á la divinidad; tenía por último sus matronas que pudieran brillar en nuestros tiempos.

Una joven de talle elegante, de extraordinaria hermosura, y de bellas y delicadas formas, de raros talentos, de distinguida calidad, aunque no lo mostraba su traje, acompañada de otras diez y nueve jóvenes doncellas, se presenta á los conquistadores españoles juntamente con otros preciosísimos dones como regalo del cacique de Tabasco. Esta señalada joven se atrae desde luego la atención de Cortés y sus compañeros de armas, y arrebatada las miradas de todos ellos. Poseía con perfección los idiomas maya (que es el yucateco) y mexicano, y muy en breve se hace comprender de los españoles hablándoles ya en su propio idioma, por lo que les sirvió de intérprete en todas sus expediciones.

Podría alguno condenar á D<sup>a</sup> Marina (la llamaremos con este nombre que es el de bautismo) de falta de civismo, cuando al lado de los enemigos de su país les servía de ayuda contra su propia patria. Pero este cargo jamás puede hacersele, si se reflexiona por un momento que en los servicios que prestaba favorecía á su entender la causa de su pueblo. En efecto, miembro ya de la religión cris-

tiana, había entendido sus misterios y abrazado con ardor su moral: en su religión veía tan solamente la felicidad verdadera, y anhelando por que sus compatriotas la alcanzaran, sin otro medio, porque no lo conocía, que las armas de los soldados españoles, debió cooperar á la conquista. Así que, cuando quisiera aún culpársele por haber vendido á su patria, se puede todavía decir que la vendió inocentemente y en un precio inestimable; mas no como Tarpeya por los brazaletes de los soldados y de una manera vil y maliciosa. Por otra parte, el verdadero amor patrio es el amor, no precisamente de la tierra que nos dió el ser, sino de la sociedad que nos abrigó en su seno: no del suelo en que tuvimos apenas nacimiento y vida natural, sino de la sociedad que nos da una vida civil: y el imperio de México, si bien es cierto que había dado nacimiento á nuestra joven, la había también sujetado á una condición miserable y degradante, cuando por el contrario los conquistadores la recibieron y trataron como hermana, se ligó á ellos con los vínculos más estrechos, los del amor y los de una amistad cordial, pues que á pesar de haberla dado Cortés á Alonso Fernández de Portocarrero, tuvo de ella en ausencia de éste, un hijo á quien llamó Martín, y más adelante la casó con Juan Xaramillo, caballero hidalgo de los que le acompañaban y uno de sus capitanes. Estas relaciones, pues, tan íntimas, debían obligar á D<sup>a</sup> Marina en favor de los conquistadores: la primera sociedad, la más estrecha es la conyugal: la amistad es el vínculo más fuerte que liga las voluntades de los hombres y que produce en nosotros el más firme, el más sincero amor. Aún hoy entre nosotros mismos tenemos ejemplos palpables, especialmente en el bello sexo, de que por el matrimonio, por la amistad, hacemos propios los sentimientos é intereses patrios de nuestra consorte, de nuestro amigo; así es que, después de consumada nuestra independencia, no han faltado personas que enlazadas por diversas causas con españoles, nos han echado en cara y nos reprenden á cada paso nuestra emancipación: otro tanto tuvo lugar respecto de los franceses cuando en 1838 fueron expulsados del territorio de la República, á consecuencia de haberse declarado la guerra á su nación, y semejantes casos se presentan igualmente en otros países que me abstengo de citar.

Por otra parte, nada debía extrañarse en el particular de una persona que no había recibido de su patria beneficio alguno, como tengo indicado. Nació, según lo aseguran algunos, en Jalisco, aunque muchos, sin duda los más respetables y con mayor fundamento, afirman que en México, y otros no pocos en Coatzacoalco. Ignoro en qué se hayan podido apoyar los que la han juzgado jalisciense, hallándose Jalisco tan distante de México, aunque por otra parte sea cierto que observaba en lo general sus mismas costumbres, guardaba sus propias leyes, reconocía como suyo el gobierno del imperio, y finalmente, hablaba también su idioma; y mucho más, si se atiende á la residencia de su familia al tiempo de aparecer los conquis-

tadores, y al lugar donde fué regalada á éstos bastante remoto aún de la misma México, queda vacilante la fe que deba darse á tal opinión. No han sido iguales los fundamentos de los escritores que la hacen originaria de México: capital ésta de un rico, vasto y poderoso imperio, centro del saber y del comercio en Anáhuac, foco de la opulencia como corte de un gran monarca, nada singular era que se encontraran establecidas en ella las primeras, las más distinguidas familias de la monarquía; así que, cuando faltaran los testimonios de los contemporáneos, sobran razones muy fuertes que persuaden la realidad de este aserto. Ni faltan presunciones muy vehementes en favor de los que asientan que nació en Coatzacoalco, pues que aquí estaba domiciliada su familia en la época precisamente de la venida de los españoles, y ella por otro lado no se hallaba en país muy lejano: lo más probable parece ser que, originaria de Jalisco, provincia entonces sujeta á México, su familia, trasladada después á la capital del imperio, la hubiera tenido en ésta y pasara en seguida á Coatzacoalco llevándola consigo: todo lo que acaso ha dado motivo á la variedad y discordancia con que sobre este hecho han escrito los autores, y que por otra parte se deduce de sus propias relaciones.

Era el padre de la Malintzin cacique de Coatzacoalco, aunque Clavijero, Bernal Díaz del Castillo y otros afirman que de Painalla, de que dependía Coatzacoalco. Falleció dejándola aún en edad muy tierna: su madre pasó á segundas nupcias, y tomando su nuevo marido el cacicado del primero, habiendo tenido un hijo en este matrimonio, como no podía reservarle el señorío y riquezas de la familia, perjudicando á la Malintzin, legítima heredera y sucesora, y á quien no pudiera despojar de sus derechos, concedidos expresamente por las leyes fundadas, nada menos que en los estrechos vínculos de la sangre, intentó deshacerse de ella. Parece cierto, aunque no lo he visto así escrito, que la madre, arrastrada por el amor natural, impidió que se la privase de la existencia, é inventó un expediente fácil y seguro, recurso que en su sexo no se tiene dificultad en encontrar, pues nada tan á propósito para salir de un mal paso, é imaginar un ardid, como una mujer. Sucedió, pues, que falleciera la hija de una esclava suya algo parecida, según Clavijero, á la Malintzin, y aprovechando la oportunidad, la madre y el padrasto de ésta fingieron ser ella la muerta, haciendo al efecto las exequias que la correspondían, según su clase y dignidad.

Me inclino á creer que la joven Malintzin se halló algún tiempo, aunque fuese corto, en el establecimiento de niñas de Tenochtitlán, que estaba confiado á la dirección de los sacerdotes y sacerdotisas; porque si bien es cierto que de este establecimiento no salían las jóvenes, sino estando ya en edad núbil, precisamente para casarse, ó para consagrarse, conservando su virginidad al servicio de la diosa, pudo suceder muy bien que las pensionistas, á las cuales sin duda pertenecía la Malintzin, no tuviesen tal

sujeción, y acaso su madre y padrasto pretextando enfermedad de ella la sacarían, y quizá fué cuando intentaron su crimen. El único fundamento, y á mi entender no leve, que me hace abrazar esta opinión, es la cultura que manifestaba la Malintzin, así como su facilidad en comprender, lo que sólo se adquiere por medio del ejercicio, y que por otra parte la acreditó bastante desde que fué presentada á los españoles. Aunque hay que advertir, que no sólo este establecimiento se sostenía en Tenochtitlán, sino que había además otros, dependientes directamente de la autoridad pública, ó bien de particulares en los cuales siempre intervenía la autoridad; pero no con otro objeto que con el de cuidar que no se corrompiera la moral, y para que con arreglo á ella fuesen enseñados los alumnos. En estos establecimientos no parece se sujetaban los jóvenes á las condiciones que en aquél: no todos comían á expensas del colegio ó escuela, sino que se les llevaba, según dicen Herrera y Torquemada, la comida de sus casas, y muchos asistiendo sólo á las labores de enseñanza comían y dormían en sus propias casas, como se verifica aún hoy entre nosotros. Es verdad que los expresados Herrera, Torquemada y otros que han escrito sobre esto, no hacen mención más que de establecimientos de hombres; pero debe juzgarse que existían semejantes para niñas de las relaciones de los mismos autores, y el padre de la Malintzin, cuidadoso de darle una educación brillante y cual correspondía á la nobleza de su linaje, la colocó acaso en uno de estos establecimientos particulares, llevándosela, al fallecimiento de su padre, á Coatzacoalco, la madre y padrasto.

Sea, pues, lo que se quiera, la Malintzin, luego después de haber sido fingida su muerte, fué dada á unos indios mercaderes de Xicalanco, adonde la llevaron éstos, regalándola después al cacique de Tabasco, quien la dió, como hemos dicho, á Cortés.

Los escritores extranjeros, continuando en su propósito de denigrarnos, dicen que al llegar á México la expedición, se sorprendieron los indios á la vista de D<sup>a</sup> Marina, y la juzgaron una divinidad que guiaba á los conquistadores, á los cuales, aseguran los mismos, que llamaban hijos del sol. La razón que como motivo de esta sorpresa se alega, es que no se veía otra mujer que los acompañara, y que entre los mismos indios no se le hallaba semejante en dotes. Las propias personas que esto escriben aseguran poco antes, que les fueron dadas á los conquistadores en Tabasco, además de la Malintzin, diez y nueve hermosas doncellas; en Veracruz recibieron de Moctezuma, por medio de sus embajadores, algunas mujeres enviadas á Cortés, con el único exclusivo objeto de que les sirviesen en trabajar el pan de maíz, en prepararles otros alimentos y prestarles los demás oficios domésticos y familiares; en Tlaxcallan, finalmente, como en pruebas de amistad, les fueron dadas las hijas de los principales señores de la República, entre otras D<sup>a</sup> Luisa Techquialvatzin, hija de Xicotencatl el viejo, que presentó á Alvara-



do para mujer propia. Así es que los españoles, á su arribo á México, llevaban sin duda consigo más de una mujer; pero aun suponiendo que sólo fuesen acompañados de la Malintzin, no era posible que ignoraran los mexicanos su origen y la causa de su permanencia entre los mismos españoles, cuando se habían hallado con estos diversos embajadores del soberano, y por otro lado las relaciones de los soldados indígenas que de diversas partes se habían agregado á Cortés, eran muy suficientes para informar á los moradores de Tenochtitlán.

No podrá sostenerse jamás sin contradicción, que á los mexicanos sorprendiera la Malintzin por sus cualidades, porque no es posible que el país que produjera una mujer dotada de talento y hermosura, no tuviera en su seno otras, si no iguales, semejantes al menos, puesto que la naturaleza no había de limitarse exclusivamente á una sola persona; de lo contrario, que nos muestren la razón nuestros PANEGIRISTAS, que así se esmeran en PRODIGARNOS ELOGIOS.

Regalada, pues, la Malintzin á Cortés, y por éste á Alonzo Fernández de Portocarrero, por ser, como dice un autor, "de buen parecer, y atrevida é desenvuelta," esto es, hermosa y de genio franco, sabiendo, como sabía, los idiomas mexicano y maya, ella y Gerónimo de Aguilar, quien con ocasión de haber estado cautivo en Tabasco había aprendido algo el idioma maya, eran los medios de comunicación entre los mexicanos y los españoles, aunque no ha faltado quien asegure de nuestros CAROS ESCRITORES, de que acabo poco hace de hablar, que la Malintzin olvidara su idioma nativo; pero mal se combina esto, con que sirviera de intérprete á los que hablaban sin que ella los entendiera, y por otra parte ya no pudo sorprender á los mexicanos por que hablaba su mismo lenguaje.

Los principales sucesos de su vida después de haber sido bautizada (respecto de lo cual se ha escrito muy poco, pues sólo se menciona que al día siguiente de regalada á Cortés, es decir, el domingo 20 de Marzo de 1519, sin expresar si fué ó no catequizada, luego que oyeron misa los españoles predicándoles á ella y á sus compañeros, Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso mercenario, que se hacía entender por medio de Gerónimo de Aguilar, les administró en seguida el bautismo) están de tal manera enlazados con los de la conquista, que no puede hablarse de aquéllos, pasando en silencio éstos. Sin embargo, presentaré únicamente los más notables.

Se refiere que hallándose Cortés en Cholula, ya en relaciones amistosas con los moradores del lugar, adonde entró á consecuencia de diversas ofertas y continuas instancias que ellos mismos le hicieron, y después también de haberles protestado que no llevaría en su compañía á los tlaxcaltecas, á quienes conservaban un odio implacable é inveterado, trataron los mismos choluleses con los mexicanos de armar una emboscada para deshacerse de enemigos tan poderosos; pues que el rey de México, después de suplicarles, ya por escritos, ya por legados, que se re-

tirasen, y dándoles al efecto opulentos regalos, como viera que no lo conseguía y se hallara además temeroso de que entraran á su corte, á la cual se aproximaban demasiado, envió unos comisionados á Cholula con el fin de perderlos. De ninguna manera encomiaré esta acción depravada, singularmente de parte de los de Cholula, la cual repugna al mismo derecho natural, siendo un arbitrio inicuo del que no debe echarse mano, sea cual fuere la causa que lo motive; mas fué sin duda favorable á D<sup>a</sup> Marina que encontró una ocasión para acreditar su fidelidad. Luego que, por una señora principal, que parece era la misma mujer del cacique, tuvo noticia de la ocurrencia, á fin de que se salvara huyendo el peligro, sin despreciar el anuncio, comunicó inmediatamente la traición á Cortés, quien activo en sus medidas, burló los intentos de sus enemigos y castigó á los caudillos.

Además de la condición natural de D<sup>a</sup> Marina, el amor que tuvo á Cortés parece que influyó mucho en la prosperidad de éste en todos los sucesos de la conquista. Deseoso de conservarse su afecto Cortés, siempre procuró portarse grande y generoso en su presencia; por eso fué que apenas se hubo separado de ella, y diera muerte infame y cruel á los soberanos de México, Acolhuacán y Tlacopan, á pesar de las súplicas de sus capitanes, que no pudieron menos de llorar á la vista del suplicio y sumisión de los reos. No tuvieron más culpa los infelices monarcas, que haberse lamentado de su desventura: un indio infame, bajo, adulador, que bien merecía la pena que aquellos sufrieron, no satisfecho con referir á Cortés lo que les oyera, agregó calumniosamente que trataban de quitarle la vida, tramando al efecto una conspiración, que estallaría si no los castigaba de un modo ejemplar. Cortés, cansado ya sin duda de llevar consigo aquellos reos, dispuso al momento que fuesen ahorcados en un árbol, por más que intentaron persuadirle de su inocencia. Instruidos los míseros soberanos en los dogmas de la religión del Crucificado, miembros de la comunión católica, hicieron las disposiciones espirituales, propias de un hijo de la Iglesia de Cristo, y murieron con la muerte de los mártires, enterneciendo con sus actos piadosos y con la humilde resignación peculiar de un cristiano, á los mismos soldados y á los sacerdotes españoles que los auxiliaron, y cuyo llanto fué desoído de Cortés. La sangre de estas tres inocentes víctimas ha corroido las páginas de oro, que las hazañas del conquistador le hubieran merecido. Así, pues, lejos de la Malintzin, Cortés manchó siempre con actos pérfidos su nombre; estando ante ella, su conducta puede decirse, que fué irreprochable. A esto parece debe atribuirse que, después de la toma de México, se opusiese á obsequiar los inicuos intentos de sus avaros compañeros de armas, cuando trataron de atormentar á los mismos soberanos de México, Acolhuacán y Tlacopan, para hacer que declarasen en qué parte habían escondido el tesoro, que regalado por Moctezuma á los mismos españoles, éstos, en su precipitada fuga, no habían podi-

do sacar del palacio de Axayacatl, que les sirviera de habitación durante su residencia en Tenochtitlán. D<sup>a</sup> Marina fué también quizá causa de la indignación del mismo Cortés, luego que supo la crueldad del bárbaro tormento que al fin se hizo sufrir á aquellos monarcas.

Cooperó tan poderosamente á la conquista la Malintzin, que sin ella acaso no se habría logrado, ó hubiéranse tenido mayores obstáculos que vencer: "fué, dice Bernal Díaz del Castillo, gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacían las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente." Suavizaba ella, por una parte, el carácter español, y los atraía por otra aliados, haciéndolos parecer grandes: "é D<sup>a</sup> Marina," son palabras del mismo autor refiriendo la separación de Cortés del lado de Moctezuma para ir á atacar á Narvaez, "como era muy avisada, se lo decía de arte que ponía tristeza en nuestra partida....." los hacía admirar de sus enemigos; animaba en los combates á los que peleaban con ellos; así en Tlaxcallan desanimado Juich Cempoalteca y medroso, huía ya temiendo por el éxito de la campaña, mas ella le reanimó pronosticándole la victoria, que en efecto se alcanzó, y la tributaba él después grandes elogios; y no sólo él, los mismos españoles, y al efecto oigamos uno que dice: "y digamos cómo D<sup>a</sup> Marina con ser mujer de tierra qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer;" descubría los planes que se formaban para destruirlos, como en Cholula, de cuyo hecho he hablado ya: suavizaba las palabras ásperas de los mismos españoles que proferían ante personas temibles por su poder, ó que por su gerarquía debían ser acatadas, como en México cuando se trató de reducir á Moctezuma á prisión, supo dulcificarle las voces depresivas y denigrantes á la autoridad real con que se expresaron los osados capitanes de Cortés: ella, en fin, era conducida por el amor, cuyo idioma es uno mismo entre todos los hombres.

Fué su afecto á Cortés tan extremado, que hallándose en su viaje á Honduras el año de mil quinientos veinticuatro, en Tabasco, adonde por llamamiento del mismo Cortés hecho á los indios de las cercanías, se presentaron su madre y hermano entre otros (su padrasto había ya muerto en esta época), sobrecogidos de temor luego que la conocieron, ella les dijo: "que Dios le había hecho mucha merced en quitarle de adorar ídolos agora, y cristiana, y TENER UN HIJO DE SU AMO Y SEÑOR CORTÉS, Y SER CASADA CON UN CABALLERO COMO ERA SU MARIDO JUAN XARAMILLO: que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva-España, no lo sería, que en más tenía servir á su marido é á Cortés que cuanto en el mundo hay: y esto, continúa Castillo autor de esta relación, se lo oí muy certificadamente, y se lo juro, amen."

Podría echársele en cara á mi heroína que hiciera mé-

rito de sus amoríos con Cortés, en desprecio de una religión pura y santa en el mismo momento que blazonaba de haberla abrazado, y más se la culpaba atendiendo á que aun en el culto mexicano estaba condenado el adulterio; pero debe, antes de ser juzgada, considerarse en las circunstancias de la época, y también ha de fijarse la atención en sus propias expresiones, que de ninguna manera la presentan criminal. En ese tiempo, los mismos conquistadores que PROPAGABAN la religión evangélica, no tenían escrúpulo el más mínimo en hacer uso de las mujeres indígenas sin unirse á ellas en matrimonio; ni podría esperarse otra cosa de la soldadesca, gente, por lo común, sin principios morales ni políticos, que no tiene más leyes que la ordenanza, que sólo reputa crimen la violación de ésta, principalmente en casos como el de los conquistadores, en que los jefes tienen que tolerarle las mayores faltas por mantenerla grata; y sin salir de la historia de la conquista, ella nos suministra una prueba evidente de esto en la sangrienta carnicería hecha por orden de Alvarado; acción imprudente á la vez que impolítica, que pudo haber costado caro á su autor, á no llegar tan á tiempo Cortés, quien ni la más leve reprensión hizo á Alvarado temeroso de perderle. Respecto de tomar á las indias, tenemos como ejemplo al mismo Alvarado, al que como hemos dicho, le fué dada la hija de Xicotencatl que por ser hermosa y de bellas prendas no rehusó admitir, y en la que después de bautizada con el nombre de Luisa, tuvo algunos hijos: otro tanto sucedió con los demás capitanes y soldados, y el mismo Bernal que dice: "y era tan bueno (Moctezuma) que á todos nos daba joyas, á otros mantas é INDIAS HERMOSAS. Y como en aquel tiempo era yo mochebo, y siempre que estaba en su guarda ó posada delante de él, con grandé acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje Orteguilla que vine dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le había hablado al Orteguilla que LE QUERÍA DEMANDAR Á MOCTEZUMA QUE ME HICIESE MERCED DE UNA INDIA HERMOSA: y como lo supo el Moctezuma, me mandó llamar y me dijo: Bernal Díaz del Castillo, hánme dicho que tenéis motolinea de oro, y ropa, yo os MANDARÉ DAR HOY UNA BUENA MOZA, TRATADLA MUY BIEN, QUE ES HIJA DE HOMBRE PRINCIPAL..... y entonces, continúa más adelante, alcanzamos á saber que las muchas mujeres que tenía por amigas casaba dellas con sus capitanes ó personas principales muy privados, y AUN DE ELLAS DIÓ Á NUESTROS SOLDADOS, Y LA QUE ME DIÓ Á MI ERA UNA SEÑORA DE ELLAS, Y BIEN SE PARECIÓ EN ELLA (esto es, tuvo buen gusto en ella,) QUE SE DIJO DOÑA FRANCISCA." Y teniendo los indios á la vista tales ejemplos de sus propios maestros, no podían exigirles mejor conducta; cuando para cometer cualquier empresa los españoles invocaban el auxilio del cielo, celebrando el sacrificio inculpado de la víctima sin mancha, y no se retraían, sin embargo, de la liviandad, sus discípulos no debían mirar ésta como delito.

Por otra parte, la conducta de D<sup>a</sup> Marina no era con-